

EL ensayo que presento consta de dos partes que pueden parecer muy distintas, casi heterogéneas, pero creo que en una lectura profunda se engarzan como los eslabones de una cadena. La primera es una visión general del hombre y la disciplina que lo estudia. La segunda es la praxis consecuente que debe derivarse de esa primera fundamentación. La primera parte cimenta la segunda, que se presenta como una de las posibilidades que le acaecen al ser por naturaleza abierto al proyecto y a la libertad. Y las dos partes las necesitamos porque en estos tiempos de falta de guías está bien que aceptemos que en gran medida esa es la situación ideal del ser humano, que el hombre debe aprender a buscar su camino sin que se obsesione por mantener una realidad ya hecha que quiere establecerse dogmáticamente como la única posible. Es verdad que la tradición sirve de apoyo y nos ayuda a orientarnos. Pero también es cierto que toda tradición debe ser repensada en cada generación y pasar la criba a que la sometan todos los individuos. Ninguna tradición puede ocultar la responsabilidad de la conciencia que debe describir el mundo y que debe crear mundos nuevos. Por ello el ser humano debe estar siempre abierto a lo nuevo y debe evitar que lo antiguo sustituya a su necesaria responsabilidad. La tradición no puede ser refugio del hombre temeroso, la valentía es esencial a su conciencia y por ello la libertad de pensamiento debe estar siempre un paso por delante de las normas de la tradición. Presento una antropología que quiere abarcar las distintas dimensiones de una condición humana esencialmente abierta. Mi idea es que la realidad social se abre a lo que queramos hacer con ella y que, por tanto, no hay desastre provocado por el hombre o situación de injusticia contra los

que no podamos luchar. No quiero decir que se pueda hacer cualquier cosa, porque la dignidad de lo humano se nos impone siempre como límite ético, pero desde luego nos asombraremos en el futuro de las realidades que el hombre puede crear sin atentar contra su dignidad.

Haré en la primera parte unas consideraciones sobre la idea de antropología que sostengo y que niegan una férrea necesidad natural en la condición humana. Adelantándome a su desarrollo, creo que es fructífero considerar a la antropología como un conjunto de disciplinas que tratan al ser humano desde múltiples intereses, muchos de los cuales la hacen tocar más el terreno de la ciencia social que el de la sola reflexión filosófica. Considero que el contacto de los filósofos con temas de antropología social y con temas de antropología física es positivo, puesto que, entre otras consideraciones, hace que la reflexión sobre el ser humano se realice sobre contenidos más concretos que pueden a corto y medio plazo ser más estimulantes para el investigador que una simple especulación general sobre preguntas enormemente interesantes, pero cuya respuesta requiere una enorme cantidad de años para ver como resultado un fruto que merezca la pena y que vaya más allá de una divagación reconfortante. Soy partidario de la filosofía impura, de la filosofía contaminada de hecho empírico. Este libro es un libro de filosofía, pero de una filosofía imperfecta que nunca querrá contentarse con quedarse en la mera especulación sobre un mundo inmaculado.

Sin despreciar otras consideraciones, considero que el contacto con las investigaciones de las antropologías positivas es una forma a la que el antropólogo filósofo debe acercarse para no desaprovechar uno de los logros de los últimos siglos: considerar los métodos empíricos como una tarea incuestionablemente necesaria para poder realizar una reflexión que se atenga a lo que podemos saber de la realidad humana. ¿Es posible saber qué es el hombre sin saber cómo es el hombre? ¿Es posible saber qué es el hombre sin saber quiénes son los hombres? ¿Es posible, en otros términos, conocerlo sin conocer la fisiología y el abanico de los pueblos humanos? No voy a responder antes de tiempo a esa cuestión. Pero creo que una antropología incardinada en los datos de lo humano es una posibilidad interesante que puede ser de gran ayuda para, incluso, dignificar la tarea del pensador.

Para hacer lo anterior planteo, en segundo lugar, que hay que establecer como elemento decisivo de la antropología contemporánea la posibilidad misma del cambio social y cultural y, en consecuencia, hacer ver que las formas por las que Occidente ha actuado son formas artificiales que no se corresponden más que cualesquiera otras con ninguna naturaleza humana. Hemos de dejar de vernos como el punto culminante de la evolución social y saber entrar en diálogo con otras formas de lo humano que no sólo nos pueden enseñar mucho, sino también plantearnos modelos alternativos por los que luchar. El diálogo nos muestra lo bueno y lo malo de nuestro modelo de vida y hace que nos convirtamos en una parte más de lo humano que tiene cosas que aportar, muchas, pero también otras que rectificar de manera urgente. Es verdad que el hombre no es bueno por naturaleza, pero tampoco es malo por naturaleza. El egoísmo no es connatural a lo humano. Ni la actuación sin considerar el punto de vista del otro. Es verdad que llevamos siglos creyéndolo y que las estructuras sociales se han fortalecido en ese sentido. Hay una fuerte inercia para considerar las cuestiones de esa misma manera. Por ello, lo que pretendo con mi análisis es manifestar que no hay nada hecho que no pueda ser alterado. Y que la construcción de un futuro es posible si sabemos mantener lo importante que queremos que se mantenga y alterar lo que queremos cambiar para conseguir una sociedad más justa. Lo que, en definitiva, se pretende es presentar un mundo alternativo que muestre que la realización de otra realidad social no es una ensoñación, sino que es fruto de la voluntad de cambio que, por cierto, el hombre ha mantenido a lo largo de toda su vida en la tierra.

Si seguimos con lo anterior llegamos al análisis de la utopía como posibilidad de acercamiento al grupo y a la construcción de una sociedad de comunicación y diálogo de alcance mundial. Toda la cuestión se fundamenta en lo tratado en la primera parte presentada: la consideración de lo humano como apertura. Esa primera parte tiene unas consecuencias especulativas y prácticas evidentes. No podemos pensar en nuestra forma de vida como la única posible. Especialmente cuando no funciona para todos e, incluso más, deja a muchos excluidos. Solamente una forma abierta de concebir lo humano abre la puerta a la esperanza. Y es una esperanza que se hunde

en lo humano mismo. No es una ensoñación, no es una quimera, no es una radicalización absurda de una mente psicótica. Es perfectamente posible.

Las primeras nociones de utopía con las que se encuentra el ser humano aparecen como proyectos a realizar. No sólo como ensoñaciones. Y eso es lo que quiero transmitir de manera plena: la estructura global de lo humano lo que puede plantear es que la ilusión por un mundo alternativo es un proyecto que se puede conseguir. Lo he llamado en estas páginas un «proyecto de la libertad». Es el concepto de libertad el que más básicamente responde a lo humano que hemos querido describir. Es cierto que el modelo de utopía propuesto como universalización de la democracia hay que matizarlo mucho y detallar las circunstancias en las que puede darse para que no se convierta en un nuevo etnocentrismo que lleve a nuevas formas de colonialismo. Pero la propuesta está lanzada y creo que puede ser útil para sacar a lo humano de un conjunto de contradicciones tan fuertes que lo hacen difícilmente viable.

La comunidad social está en franco dinamismo. Todo cambia a pasos agigantados. Los modelos sociales y los modelos de convivencia están siendo alterados y prácticamente no reconocemos las formas de las sociedades en lo que va de los últimos veinte años en adelante. Pero en todos esos cambios, en Occidente y en muchas partes del mundo, se han dado pasos para consolidar formas de diálogo que tienen como fundamento el imperio de la ley y el cumplimiento de unos deberes básicos para todos los hombres. Ciertamente debemos adelantar mucho para explicar concretamente cómo queremos que sea ese modelo, especialmente en situaciones de enfrentamientos graves entre diversas formas de concebir la vida humana. Los conceptos que ahora propongo son ciertamente distintos a los que propugnaron otras utopías políticas, como por ejemplo las utopías del Renacimiento: el mundo alternativo contemporáneo pretende establecerse no como un encuentro casual de un puñado de hombres con una realidad perfecta que no sabemos cómo ha surgido, sino que parte del conocimiento de la situación real de los problemas de los sistemas socio-culturales y quiere ofrecer respuestas a partir del análisis de esas situaciones insuficientes. Pero los conceptos que propongo están de acuerdo con el

espíritu de libertad y los valores de respeto y de universalidad de derechos humanos a los que aspira la mayoría de la comunidad internacional. No es una cuestión fácil llevar eso a cabo, pero la realización de empresas fáciles no deja huellas profundas. Esta investigación lleva a unir los intereses de la antropología con los de la teoría política y social y se podrá considerar como fecunda si además de ideas es capaz de generar movimiento social en la línea que emprende.